

Un socio poco fiable

Carlos LARRÍNAGA
Historiador

Concluida la Segunda Guerra Mundial Estados Unidos abandonó definitivamente el aislacionismo que le venía caracterizando hasta convertirse en un actor clave en el panorama geoestratégico mundial. La alianza antifascista comenzaba a resquebrajarse y pronto se iniciaría la denominada guerra fría. Washington se puso entonces a la cabeza de uno de los dos bloques en que quedó dividido el globo, el del capitalismo. A este respecto, no dudó en apoyar decididamente a las naciones de la Europa occidental mediante dos tipos de medidas fundamentalmente, unas de índole económico y otras de carácter político-militar. En el primer caso fue determinante la puesta en marcha del Plan Marshall con vistas a la recuperación de los países beneficiados. En el segundo, la creación de la OTAN en 1949. A partir de entonces los lazos trasatlánticos, pese a ciertas tensiones protagonizadas por De Gaulle, fueron fortaleciéndose de forma progresiva. Y así ha sido hasta ahora, cuando estas relaciones, tras el triunfo de Donald Trump, parece que empiezan a tambalearse. Con el acceso del magnate a la Casa Blanca nos encontramos ante una realidad inédita. Como acertadamente señalara el presidente del Consejo Europeo, Donald Tusk, en su carta de convocatoria a los jefes de Estado y de Gobierno del 3 de febrero de 2017 en La Valeta, EEUU en estos momentos es “una amenaza internacional”.

Sobre todo, para los miembros de la Unión Europea. Éstos nunca antes habían recibido tales ataques de un ejecutivo norteamericano. Trump ha criticado por activa y por pasiva el club comunitario, al tiempo que ha apoyado el Brexit y ha animado a otros integrantes a seguir el camino emprendido por Gran Bretaña. Incluso el dirigente que se estrenó en su torre de Nueva York al poco de que aquél ganase las elecciones fue Nigel Farage, líder del UKIP y el gran artífice de dicha estampida. Aunque la cosa no queda ahí. Siempre ha pedido que los europeos contribuyan con más dinero al presupuesto de la OTAN, cuestionando así el equilibrio existente y el excesivo gasto que esta estructura supone a las arcas estadounidenses. Incluso, el 1 de junio de 2017 Trump anunció que abandonaba el Acuerdo de París relativo al clima, un tratado en el que la Francia de Emmanuel Macron y el conjunto de la UE habían puesto toda la carne en el asador. Como había insistido en campaña, el inquilino de la Casa Blanca no está dispuesto a comprometerse con nada que implique encarecer los productos americanos y ser menos competitivos. En su opinión, el clima puede esperar y no significa prioridad alguna, además de avanzar así en la destrucción del legado de su antecesor. En esta línea iría su retirada del pacto nuclear con Irán, firmado asimismo por Obama y que fue duramente denunciado en su momento por Trump, cuando los estados europeos firmantes (Reino Unido, Francia y Alemania) lo calificaron de un buen arreglo y un instrumento necesario para la paz en Oriente Próximo. Por último, la imposición de aranceles al acero y aluminio europeos constituye un nuevo encontronazo con Washington. Partidario de políticas proteccionistas, Trump se muestra dispuesto a desencadenar una guerra comercial sin precedentes desde hacía décadas. Y es que, como dijo el propio Tusk recientemente en Sofía, con amigos así para qué quieres enemigos.

Es lo que han manifestado ya en público Macron y Merkel. No se puede confiar en Donald Trump y se impone que la UE dependa cada vez menos de sus caprichosas decisiones y busque su particular camino. Y qué mejor oportunidad que evidenciarlo con Irán, donde numerosas compañías europeas tienen ya importantes intereses. Lo ha dicho muy claro la Alta Representante de la Unión para Asuntos Exteriores, Federica

Mogherini. El problema está en lo que vaya a hacer EEUU, es decir, si va a castigar a nuestras firmas por seguir haciendo negocios en Irán. Ésa es la pregunta del millón, ya que la Administración Trump aspira a que aquéllas se marchen igualmente, buscando imponer su desafortunado fallo. O sea, que si no están las sociedades norteamericanas que no estén tampoco las europeas. El ministro francés de Economía lo tiene claro: la UE no puede ser vasallo de los Estados Unidos. Por lo que no queda otra solución que reforzar los vínculos con China y Rusia. El viaje de Angela Merkel a Sochi el pasado 18 de mayo podría ir en esa dirección. A diferencia del grosero de Trump, que en su primer encuentro con la canciller se negó a estrecharle la mano, Putin la recibió sonriente y con un ramo de flores.

Es hora de dejar, pues, el seguidismo a la Casa Blanca y trabajar por los beneficios meramente europeos. Porque ¿quiénes son los grandes perjudicados con las sanciones a Rusia o a Irán? Sin duda, nosotros. Los lazos comerciales entre Estados Unidos y Rusia son muchísimo menores que entre ésta y la Unión Europea. Y otro tanto se puede decir de Irán, donde algunas de las principales multinacionales de Europa han logrado ya jugosos contratos allí, sabedoras de que, tras décadas de embargo, hay mucho que hacer en infraestructuras, transporte, energía, etc. Evidentemente, no se pretende cortar con Washington, pero sí plantarse ante unas resoluciones que no aprovechan en nada a la UE. No obstante, esta predisposición debería ser aplicable no sólo a aspectos económicos, sino también políticos, pues ambos están muchas veces vinculados, siendo la UE la que sale normalmente peor parada. Esperemos, pues, que nuestros mandatarios pasen de las palabras a los hechos.

20 de mayo de 2019

Publicado en *El Diario Vasco*, 27 de mayo de mayo de 2019, p. 31